

De los festejos de las fiestas, solo nos queda un recuerdo, un recuerdo que se esfuma á medida que pasan los días.

La calma, la vulgaridad aplastante, ha vuelto á invadir nuestra capital.

Y hemos añorado los momentos felices que pasamos en medio de una animación de gran urbe, contemplando á nuestras bellas paisanas y las hermosas forasteras lucir sus galas en los paseos, en el teatro, en el real de la feria.

Recordamos, recordamos...

Por nuestra mente desfilan fisonomías imprecisas, de mujeres. En nuestra evocación se confunden, se barajan los labios rojos, los ojos verdes, los ojos negros;... todas nos parecen iguales.

Se nos antoja que todas son rubias, nos parece que todas tienen la linda carita de la forastera que grabó en nuestra memoria un recuerdo indeleble.

La impresión no se ha borrado.

Olvidamos la sucesión monótona de los festejos provincianos, queremos abstraernos de todo lo que nos rodea. Para nosotros es una obsesión la preciosa rubia de ojos verdes que un día de feria, de toros, nos miró insistentemente desde un palco.



ALMAGRO

Al escribir estas líneas, una alegría me invade, y un ansia me acomete.

Alegría, la de poder decir lo que siento; ansia, la de lograr hacer llegar al alma del lector, este mismo sentimiento, muchas veces aumentado.

Y es, que al tropezar cualquiera una vez en su camino con algo que le impresiona vivamente, quisiera ver poseídos á los que se rodean y tal vez á todos los que aquello vieron, de esa su inclinación vehemente á descubrir todas sus facetas ignoradas, pero presentidas por la visión primorosa y real de la primera.

Me refiero al escribir lo que antecede, á ese pueblo que me ha ilusionado siempre por su vivir tranquilo pero bello y apetecible. Un pueblo que, sin rumbos de gran ciudad, hace sentir al viajero en días de júbilo, su grata esencia de frivolidad mundana sin jactancias.

Enclavado en la llanura; sin montañas por tanto, que le rodéen, no distrae la mirada con la vista de sus picachos más ó menos agrestes, dejando libre su visual para admirar con calma el azul purísimo del cielo ó la belleza arrogante y moruna de sus mujeres deliciosas.

Almagro es un pueblo que vive una existencia ordenada, sin prisas ni ahogos; á paso lento, pero seguro; como poseído de un triunfo, que si lo vé lejano no le importa, convencido que avanza por buen camino para alcanzarlo.

Almagro gusta de la calma, pero si alguna vez la altera, goza y hace gozar plénamente en su alborozo á todos.

Yo lo he visitado en los días que dedica á ferias, y he gozado.

En una de las corridas que asistí y entre lances y verónicas del indiscutible toreo de Joselito, pude exta-

siarme en la contemplación de esas mujeres que me encantan porque en sus rostros de morenas hermosas y en sus cuerpos gentilísimos, veo reunidas, en combinación armoniosa, la gracia picaresca y el donaire de las andaluzas, con esa modalidad airosa pero tranquila de las manchegas.

Hay tanto de ideal en los ojos de estas hembras que, cuando nos miran, creemos nos brindan un edén con su amor.

Si encantadora nos parece la vida de este pueblo en su exterior, en la intimidad se hace apetecible, por la amabilidad y distinción del trato, la cordura y simpatía acumulada en sus palabras, y la preferencia en todo, de que hacen objeto al ser extraño que con ellos alterna.

Esto se observa y aprecia justamente, lo mismo en el paseo que en el teatro y los toros; la reunión familiar que en la tertulia del café.

Se hace en fin tan atrayente y agradable en él la estancia, que una vez saboreado esto, queda en nuestro ánimo el propósito de un nuevo viaje para gozarlo nuevamente.

ANDRÉS GARCÍA RUIZ.



VALDEPEÑAS

Yo no conocía Valdepeñas.

No había pasado nunca unos días en esa agradable población conocida en toda España por su vino riquísimo, aunque debiera serlo—con la misma razón—por la belleza de sus mujeres y por la hidalga condición de todos sus habitantes que saben atender con toda clase de finezas y amabilidades, con generosidad y educación refinada á sus visitantes.

He pasado, en esa ciudad manchega los días de feria y, á fe mía, que en mi memoria no hay para ella sino recuerdos agradables, de afecto, de reconocimiento, de simpatías.

Yo ignoraba que en estas poblaciones exclusivamente industriales, donde todos emplean cotidianamente sus aptitudes y desenvuelven sus actividades á diario en el fomento de una industria, hubiese un tan refinado ambiente de cultura mundana y que se cultivase tan generalmente ese difícil arte de crear simpatías y afectos que se llama *don de gentes* y que yo no creo inherente en las personas, es decir espontáneo, sino creado y cultivado como otro arte cualquiera.

Digo lo que antecede, porque parece natural, que las gentes dedicadas á negocios con asiduidad abrumadora, las gentes que fomentan una industria que llega á tener fama mundial, acabe á diario, fatigada por el trabajo y no se ocupe en cultivar esas frivolidades tan agradables y de buen tono que son más usuales en los grandes centros de población donde el elemento oficial de empleomanía dispone de un tiempo mucho más amplio. A pesar de esto, en Valdepeñas nadie por exigente que sea en tildes de buena sociedad podrá oponer el menor reparo á la cortesanía con que es tratado el forastero.